

Vladimir Korolenko

El músico ciego

Traducido del ruso por Ricardo San Vicente



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Slepói muzikant*

Primera edición: 2011

Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Nikolai V. Nevrev: *Retrato del escritor Nikolai Pomyalovsky*.

Biblioteca Estatal de Rusia. Moscú. © ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Ricardo San Vicente Urondo, 2011

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7547-3

Depósito legal: M. 12.302-2018

Composición: REGA

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 El espíritu de Korolenko, por Ricardo San Vicente
 - El músico ciego
 - 27 Del autor para la sexta edición
 - 29 Capítulo primero
 - 52 Capítulo segundo
 - 81 Capítulo tercero
 - 102 Capítulo cuarto
 - 114 Capítulo quinto
 - 148 Capítulo sexto
 - 205 Capítulo séptimo
 - 213 Epílogo

- 218 Cronología

El espíritu de Korolenko

Hemos de conseguir que los valores universales, en los que tenemos el honor de creer en serio, dejen de ser falsas jaculatorias en los labios expertos de los políticos.

Serguéi Kovaliov,
activista de los Derechos Humanos

En 1918, desde la prisión y un año antes de ser asesinada, Rosa Luxemburgo, en el detallado estudio introductorio¹ a su propia traducción de la *Historia de mi contemporáneo*, citaba a Korolenko con estas palabras:

Mi alma, que pertenece a tres nacionalidades, encontró por fin su patria y ésta ha sido ante todo la literatura rusa.

¿Por qué la literatura rusa? A nuestro entender, en primer lugar, por ser, cuando Korolenko empezó a escribir, el exponente máximo de una reflexión ética sobre la realidad. Además del hecho de que con Tolstói o Dostoyevski las letras rusas se hubieran situado en la cima de la li-

1. Wladimir Korolenko: *Die Geschichte meines Zeitgenossen*. [Aus dem Russischen übersetzt und mit einer Einleitung versehen von Rosa Luxemburg. Berlín; P. Cassirer (1919)].

teratura universal, Korolenko constataba la esforzada voluntad moral de los «clásicos rusos» y mostraba su deseo de seguir sus pasos.

Desde sus orígenes, la literatura rusa, se trate de prosa, teatro o poesía, ha estado marcada por su vocación ética. Hasta hoy, como decía en 2009, la poetisa y traductora rusa Natalia Vanhanen en la Residencia de Estudiantes de Madrid durante una velada dedicada a la literatura rusa actual, ésta para ser verdadera literatura ha de tener sin falta dos rasgos: ha de compadecer al hombre y debe cuidar del lenguaje. Lenguaje y «compadecimiento» son las dos columnas de la auténtica literatura. Otros autores desde el siglo XIX hasta hoy hablan de la dimensión social y moral de la creación literaria en Rusia y unos terceros subrayan su vocación evangélica... En suma, de las dos columnas sobre las que se sostiene la literatura –la estética y la ética–, la primera se le presupone o, en todo caso, se sitúa en un segundo plano, pero la dimensión moral, el compromiso ético, la voluntad didáctica, la vocación espiritual, humanista, etc., no pueden faltar en toda obra que se quiera literaria.

Aleksandr Pushkin, un poeta que antepone la belleza al mensaje, cuando se adentra en el espacio de la prosa lo hace para buscar su lugar y cometido en la Rusia de su tiempo, escribe para comprender su país y darlo a entender.

Nikolái Gógol construye en sus relatos magníficos y fantásticos artesonados que sólo la realidad podría superar, pero después de leerlos, es decir, tras paladear su portentosa y burlesca ficción, descubrimos el dolor que abrumba a sus personajes.

Turguéniev es conocido por la plasticidad sonora de su lenguaje poético, por haber sabido captar y cantar toda la riqueza de la lengua rusa, pero también por recoger todo el universo anímico de sus personajes y reflexionar sobre los destinos de su pueblo, fruto de su atenta mirada sobre la sociedad rusa.

Dostoyevski y Tolstói son tratados como «pensadores rusos» por Isaiah Berlin. Tolstói es llamado la conciencia del pueblo ruso (como, por cierto, también Korolenko y por las mismas razones). Y al margen de sus ensayos, claramente morales, también algunas de sus obras literarias se erigen en reflexiones éticas. Dostoyevski es el gran moralista de las letras rusas y a través de sus obras plantea y resuelve a su modo cuestiones tan eternas como el problema de la libertad o el de la responsabilidad de los hombres. Porque todos ellos son tanto artistas de la palabra como, tal vez por lo mismo, estudiosos de su mundo, un país marcado por el estigma histórico de la falta de libertad.

Dicho de otra manera, o planteado a modo de pregunta: ¿Por qué no nos repelen los monstruos dostoyevskianos? ¿No será por la humanidad con que los mira su creador?

Los autores rusos, por vocación y a veces incluso en contra de su voluntad y de sus inclinaciones naturales, en sus poemas, relatos o dramas, se han visto obligados a dar respuesta al dolor que sufre su prójimo en un mundo injusto.

Y en este sentido, Vladímir Korolenko, un hombre que tal vez nunca habría seguido el camino de las letras, es un digno heredero de los clásicos rusos y un continua-

dor de esta vocación y condena de la literatura rusa, que es ser vehículo y plataforma de expresión de una literatura entendida como instrumento moral.

A Vladímir Galaktiónovich Korolenko, además del hecho relevante de nacer y vivir sus primeros años en la encrucijada de tres culturas, la polaca, la ucraniana y la rusa, le tocó en suerte vivir durante un período especialmente marcado por la injusticia, la corrupción y por unas explosiones de violencia que sólo el estalinismo sería capaz de superar. No sabemos qué habría sido del amigo de Antón Chéjov y Lev Tolstói y del maestro de Gorki de haber vivido más allá de 1921. Pero sí conocemos su actitud moral y social en la postrera etapa del zarismo y en los albores del régimen soviético.

Tal vez heredara de su padre el «quijotesco» sentido de la justicia de éste, como él mismo lo llama, un juez de provincias dedicado a hacer cumplir la ley en un mundo demasiado acostumbrado a las componendas, y quizá de su madre polaca su terco sentido del honor. El caso es que Korolenko se mantuvo fiel en todas las circunstancias de su vida a sus ideales, pagando por ello un alto precio.

Cuenta el propio autor cuando recuerda sus años jóvenes en Zhitómir, que en cierta ocasión su padre rechazó los muchos regalos con que una «pobre» viuda quiso recompensarlo por haberle dado la razón en un litigio con un poderoso hacendado. Lo grave es que entre los obsequios se hallaba una muñeca de la que se quedó prendada la hija del juez. Tras muchos ruegos, el padre por fin accedió a que su hija se quedara con el regalo, no sin lan-

zar la frase antes de retirarse a su despacho: «Por vuestra culpa me he convertido en un corrupto».

El carácter quijotesco del padre, fielmente retratado en *Malas compañías*, fue la razón por la que, tras su prematura muerte, la familia se encontrara sin medios para proporcionarle, entre otras cosas, una educación adecuada a Vladímir, que tuvo que renunciar a la carrera de derecho, estudios con los que quería seguir los pasos de su padre, y estudiar en la Academia forestal de Moscú. Por su comportamiento contestatario, primero fue expulsado de la universidad y luego desterrado a Vólogda.

Gracias a la intercesión de su madre, es trasladado a la Rusia europea, y en 1877 ingresa en la Escuela de Montes de Petersburgo, a cuyos estudios se ve obligado a renunciar para ponerse a trabajar de corrector.

Es por entonces cuando decide seguir los pasos de sus compañeros populistas y «dirigirse al pueblo» para, compartiendo la suerte de los desheredados, conducirlos por el camino de la liberación.

Los jóvenes revolucionarios de la época, tras comprobar, por un lado, que ninguna reforma del sistema era posible, y, por otro, que el pueblo no se mostraba inclinado a desprenderse del yugo de la opresión, deciden en masa integrarse en el pueblo para conocerlo mejor desde el interior y, tras ilustrarlo y abrirle los ojos, dirigirlo hacia la insurrección.

Los resultados de esta fantástica idea no se hicieron esperar y los intentos de integrarse en el pueblo se vieron coronados por un rotundo fracaso. Hecho que trajo consigo, tras la fragmentación del movimiento populista, un recrudescimiento del autoritarismo por parte del poder

zarista y una radicalización del movimiento revolucionario. Korolenko tuvo más suerte que muchos de sus compañeros, que sucumbieron en el intento, como la protagonista de *Una joven chocante*. Tras verse denunciado en 1879 por un agente secreto, se vio sucesivamente castigado hasta dar con sus huesos en Siberia Oriental. Fue justamente entonces cuando Korolenko dio sus primeros pasos en la literatura. Y tal vez sea *Una joven chocante* —el relato de una muchacha cuyo sentido del deber y la justicia raya el fanatismo— una de las muestras ya maduras del talento del escritor. Dentro del género de la prosa construida sobre un hecho real —son raras las obras de ficción del autor—, Korolenko se adentra en el siempre sorprendente perfil humano de un personaje, abundando los héroes de extracción popular. Se diría que el autor, si bien empieza por plantearse el objetivo de narrar su propia experiencia, más tarde se plantea la tarea de describir el mundo que lo rodea y la vida de diversos ejemplares del pueblo ruso que le ha tocado en suerte conocer. En una atmósfera siempre marcada por la tragedia, en la que la muerte violenta es omnipresente, el aprendiz de cronista va recogiendo diversos tipos populares en los que se subraya con trazos psicológicos y sociales su humanidad.

Tras la muerte en atentado del zar Alejandro II en 1881, a quienes tuvieran antecedentes penales se les obligó a jurar fidelidad al nuevo zar. Vladímir Korolenko, como no podía ser de otro modo, se negó a realizar lo que para la mayoría de sus compañeros era un simple trámite, rechazó someterse a un acto que contradecía sus convicciones y pagó una vez más las consecuencias de

esta nueva muestra de «quijotismo», yendo a parar a Yakutia. Deportado en lo más profundo de Siberia, se gana la vida cultivando la tierra, haciendo de zapatero y dando clases. Pero su ocupación principal ya es la literatura. En este marco incomparable surgen relatos como *El sueño de Makar*, obra que lo hizo célebre, o se fraguan narraciones también de ambientación siberiana como *At-Daván*.

Desde 1885, cuando se instala en Nizhni Nóvgorod, se dedica de lleno a la literatura. Pronto le llegará el éxito. En 1886 aparece su primer libro, en el que se recogen relatos como *El sueño de Makar*, *Malas compañías* o *El clamor del bosque*.

Una de las constantes en la visión del hombre de Korolenko es su invariable deseo de fundir los principios biológico y social en el individuo, así como su interés por los procesos mentales, la psicología y el subconsciente de sus personajes. Como ocurre en una de sus obras más psicológicas, *El músico ciego*. Korolenko recoge de sus maestros, además del talante crítico en lo social, el psicologismo como el enfoque con que acercarnos, a través del otro, al mundo que nos pretende descubrir el autor. En la obra, el autor, además de acercarnos al alma de un ser humano, en este caso una criatura privada de la vista, nos construye el cuadro simbólico de una aspiración: cómo un ser mutilado en sus sentidos puede hacer volar la imaginación, alcanzar el éxtasis de la belleza, si no a través de la luz y el color, sí mediante el sentido del oído.

Korolenko escoge este caso «patológico» justamente para desarrollar su peculiar realismo, un credo a la par idealista y pretendidamente materialista. «Descubrir el

significado de la personalidad sobre la base del significado de las masas, ésta es la tarea del nuevo arte que vendrá a reemplazar al realismo.» Semejante tarea sólo se verá realizada, es cierto que de modo deformado, muy lejos del sentido que le daba Korolenko, en el llamado «realismo socialista», monstruo engendrado años más tarde –ya al servicio del poder soviético– por el discípulo de Korolenko Maxim Gorki. Dicho en otros términos, el psicologismo se verá sustituido por la romantización del héroe, del luchador por un futuro mejor, y el sociologismo, por el encargo social. La literatura al servicio de la sociedad, tal como la entendía Korolenko, se transmutará en arte al servicio de la propaganda soviética.

Volviendo a la novela, el autor viene a decirnos que en todo hombre vive el natural deseo de superarse, del mismo modo que el objetivo de todo sentido es verse satisfecho. En la novela, la Naturaleza parece rebelarse en contra de sus propias limitaciones, en contra de este caso particular que parece contradecir la ley general de la armonía natural. Piotr Popelski, el niño ciego, es el personaje experimental que permite desarrollar la idea de la armonía natural. El niño nacido ciego impulsado por esta ley de la Naturaleza hará lo posible y lo imposible por ver. Siguiendo los impulsos naturales del niño, sus deseos inconscientes, el autor construye el cuadro optimista del poder del hombre, un ser capaz de dirigir su natural instinto de superación hacia otros derroteros, en nuestro caso, hacia la armonía y el arte musical.

Pero al margen de las múltiples interpretaciones que pueda permitir la obra, como en el resto de las creaciones literarias de Korolenko, estamos ante un ejemplo

más de las enormes capacidades del hombre, de la grandeza humana, frente a la miseria de la sociedad. De ahí su popularidad y tal vez su éxito.

Aunque quizá la celebridad que más se estima hasta hoy de Korolenko es su fama de defensor de los desvalidos y los perseguidos. Son conocidos sus artículos contra la pena de muerte, textos que conmovieron en su tiempo a Lev Tolstói, pero las «obras» más importantes de su vida son las intervenciones en procesos judiciales manifiestamente injustos. Ya sea en defensa de unos campesinos pertenecientes a la etnia de los votiakos, acusados falsamente de un asesinato ritual, ya sea contra el juicio injusto de Menahem Beilis, un ruso de origen judío también acusado de asesinato dentro de una campaña de claro talante antisemita.

Es conocida su reacción cuando el zar vetó la concesión del título de académico de honor al «revolucionario» Maxim Gorki. Junto con Antón Chéjov, Korolenko renunció al mismo título que con anterioridad se había concedido a ambos escritores.

Tras un período de cuatro años en Petersburgo, mientras fue redactor y alma de la revista literaria *Riqueza rusa*, a través de la cual intenta abrir los ojos a la sociedad sobre la situación real del país y abrir las puertas de la revista a los jóvenes valores, se instala en Poltava, donde residirá hasta su muerte.

Desde Poltava, mientras escribe su autobiografía novelada *Historia de mi contemporáneo*, clamará contra las injusticias que se cometen a lo ancho del Imperio ruso: los juicios amañados, la orgía de las penas de muerte tras

la revolución de 1905; desde esta ciudad ucraniana condenará la guerra de 1914, y en 1917 se enfrentará a los líderes bolcheviques contra su terror rojo y finalmente contra su proyecto político...

Tanto con sus obras como con sus intervenciones públicas y periodísticas, Vladímir Korolenko, tras la muerte de Chéjov (1904) y Tolstói (1910), heredó de éstos el calificativo de conciencia del pueblo ruso. Y con plena razón. Pues a él dedicó su obra y su vida. He aquí un ejemplo de ello.

En los años 1920-1921, Korolenko mantuvo una correspondencia con el literato y Comisario del Pueblo para la Educación Anatoli Lunacharski. La idea vino del propio Lenin, que de este modo quería atraer al escritor a la causa bolchevique. Las seis cartas, que no merecieron respuesta alguna por parte del intelectual comunista, traducen con claridad tanto la realidad de la construcción del socialismo en la Unión Soviética como el credo del autor. En la última de estas cartas –no publicadas en la Unión Soviética hasta 1988–, escrita poco antes de su muerte, y tal vez intuyendo su pronto final, Vladímir Korolenko escribe lo que bien pudiera considerarse su testamento. Aquí la ofrecemos de manera fragmentaria a modo de corolario de esta breve presentación:

«¿En qué han discrepado ustedes con los líderes del socialismo europeo y empiezan a alejarse más y más con su propio entorno obrero? La respuesta ya se la he dado antes: en su maximalismo.

»Lógicamente, esta posición es la más fácil: pídelo todo a la vez y a todos los que se detienen ante la complejidad o lo

irrealizable de la tarea, y llámalos inconsecuentes, estúpidos y a veces incluso traidores a la causa del socialismo, conformistas, seguidores de Kolchak, de Denikin, traidores en suma [...]

»El inconveniente de esta táctica es que tampoco ustedes pueden llevar a cabo de un solo golpe lo que se han propuesto...

»[...] La lógica es uno de los medios poderosos del pensamiento, pero ni mucho menos el único. Está también la imaginación, que permite abarcar toda la complejidad de un fenómeno concreto. Esta cualidad es necesaria para una tarea como la de dirigir un país tan enorme como el nuestro. Pero en su caso, el esquema ha aplastado por completo la imaginación. Ustedes no se imaginan toda la complejidad de la realidad... Ustedes no son más que unos matemáticos del socialismo, sus lógicos, unos esquemáticos...

»[...] El país se ve amenazado por desgracias inauditas. Y su primera víctima será la *intelligentsia*. Le seguirán los obreros urbanos. Quienes se mantendrán por más tiempo serán los comunistas bien colocados y los militares más patrioterros. Pero ya en estos ambientes, entre la gente más consciente se perciben síntomas de miseria. Quienes mejor viven son todo género de atracadores. Y es natural: ustedes lo construyen todo basándose en el egoísmo, en cambio exigen sacrificios a los demás...

»[...] Se han lanzado ustedes como si tal cosa a su esquemático experimento en la esperanza de que ésta sea tan sólo la señal para la maximalista revolución mundial. Ustedes mismos han de darse cuenta de que también en esto se han equivocado [...] ya ha quedado claro que la Europa obrera no seguirá sus pasos, y Rusia, acostumbrada a someterse a

cualquier opresión, al no haber elaborado las formas de expresión de su opinión propia, se verá obligada a seguir este triste y tenebroso camino completamente sola.

»¿Hacia dónde? ¿Qué es en realidad su fantástico comunismo?

»Es sabido que ya en el siglo pasado se dieron intentos de convertir el sueño comunista en realidad. Ustedes ya saben en qué acabaron [...] Todos concluyeron en tristes fracasos, en enfrentamientos y en tragedias para sus iniciadores [...] Y todos estos nobles soñadores acababan por convencerse de que la humanidad tenía que nacer de nuevo antes de eliminar el capitalismo...

»[...] En resumen, la cuestión de la distribución a la que se han entregado con tanta ligereza constituye un proceso, una lenta y difícil preparación de las “condiciones objetivas y subjetivas”, para la cual es necesario el esfuerzo general de toda actividad humana y, lo principal, la libertad. Sólo una actividad así, sólo la libertad en todos estos experimentos nos puede indicar qué soportará la crítica de la vida práctica y qué se verá condenado al fracaso.

»Han introducido ustedes su comunismo en los cuarteles (basta recordar la “militarización del trabajo”). Con su aplomo habitual, sin pensarlo dos veces, han ignorado ustedes el carácter inviolable y la libertad de la vida privada... Sin haber creado casi nada, han destruido ustedes un sinnúmero de cosas; dicho de otro modo, tras introducir de inmediato el comunismo, han destruido por largo tiempo el atractivo hacia el propio socialismo, cuya introducción constituye la tarea capital de nuestros tiempos.

»[...] Las almas han de transmutarse. Y para ello hace falta que para empezar se transformen las instituciones. Y ello

exige a su vez la libertad de pensamiento y de principios para las nuevas formas de vida. Retener a la fuerza esta actividad en la sociedad y entre el pueblo es un crimen que había cometido el gobierno anterior. Pero hay otro crimen no menor, que es imponer a la fuerza nuevas formas de vida, de cuyas ventajas el pueblo aún no es consciente y con las que no ha podido familiarizarse en la experiencia. Y ustedes son los culpables de ello. Han sustituido ustedes el instinto por la orden y esperan que merced a sus órdenes cambie la naturaleza del hombre. Y por este atentado contra la libertad habrán de pagar un alto precio.

»La justicia social es algo muy importante, y tienen ustedes razón al decir que sin ella no existe la plena libertad. Pero tampoco sin libertad es imposible conseguir la justicia. Conviene hacer pasar la nave del futuro por entre la Escila de la esclavitud y la Caribdis de la injusticia, sin perder nunca de vista a la vez a ambas. Por mucho que afirmen ustedes que la libertad burguesa no es más que un engaño que esclaviza a la clase obrera, esto es algo con lo que no podrán vencer a los obreros europeos [...] Ha habido muchas revoluciones políticas, pero hasta ahora no ha habido ninguna revolución social. Y ustedes constituyen el primer experimento de introducir el socialismo mediante la represión de la libertad.

»¿Qué puede salir de todo esto? Lejos de mí el deseo de ser profeta, pero el corazón se me encoje ante el presentimiento de que nos encontramos tan sólo en las puertas de unas desgracias tales que ante ellas palidece todo lo que hemos experimentado hasta ahora [...]

»[...] el pueblo, que aún no ha aprendido a dominar el aparato de las votaciones, que aún no sabe formular una opi-

nión predominante, que emprende la construcción de la justicia social a través del robo individual (vuestro “roba lo robado”), que inicia el reino de la justicia permitiendo los fusilamientos sin juicio en masa, práctica que dura ya largos años, un pueblo así se halla lejos aún para convertirse en la cabeza de las mejores aspiraciones de la humanidad. Aún debe aprender mucho y no dedicarse a enseñar a los demás.

»[...]

»Hace tiempo que se ha dicho que todo pueblo se merece el gobierno que tiene. En este sentido se puede decir que Rusia les ha merecido [...] Ustedes son sólo la expresión actual de su pasado, con su sumisión esclava ante el autoritarismo, incluso cuando, agotadas todas las fuerzas creativas en la reforma campesina y en las que le han seguido, el régimen se convirtió en ciegamente reaccionario impidiendo durante muchos años el crecimiento orgánico del país. Entonces el pueblo estaba de su lado, y Rusia, condenada al pudrimiento y a la descomposición.

»[...] Después el azar de la historia destruyó la barrera que separaba el pueblo, que tantos años vivió sin pensamiento político, y la *intelligentsia*, que vivía sin el pueblo, es decir, sin contacto con la realidad. Y he aquí que cuando la barrera de pronto se derrumbó, la mezcla de estos dos elementos, ajenos durante tanto tiempo, resultó venenosa. Se produjo una explosión, pero no la fértil explosión que destruye sólo aquello que impide el desarrollo normal del país, sino una catástrofe que ha afectado en lo más hondo al organismo social. Y ustedes han sido los únicos representantes del pueblo ruso con su hábito al comportamiento arbitrario, con su ingenua espera de “todo y de golpe”, con su carencia de siquiera los rudimentos de organización y de creatividad [...]

»Y sería en verdad un bienaventurado milagro que ustedes reconocieran al fin su soledad no sólo entre el socialismo europeo, sino entre su propio entorno obrero, que ha empezado a alejarse de ustedes, ya sin hablar del campo, que siente un indisimulado odio hacia su comunismo, lo reconocerán y renunciarán al fatal camino de la violencia. Pero esto es algo que conviene hacer de manera honesta y plena. Puede que tengan ustedes el suficiente poder para emprender un nuevo rumbo. Deben ustedes reconocer abiertamente sus errores, errores que han cometido ustedes junto con su pueblo. Y el mayor de ellos es que han eliminado muchas cosas del régimen capitalista de manera prematura y que el socialismo sólo puede introducirse en la medida de lo posible en un país libre.

»Los gobiernos caen por la mentira. Tal vez aún estemos a tiempo para regresar a la verdad, y estoy convencido de que el pueblo, que los sigue ciegamente por el camino de la violencia, tomará, con la alegría de una conciencia que despierta, la senda que lleva a la libertad. Si no para ustedes ni para su gobierno, esto será positivo para el país y para que crezca en él la conciencia socialista. Pero... ¿es esto posible en su caso? ¿No será demasiado tarde, incluso en el caso de que ustedes quisieran hacerlo?»

En 1921, medio año antes de su muerte, K. escribía a un amigo:

«A veces, hago balance y miro hacia atrás. Releo mis viejos cuadernos de notas y encuentro en ellos muchos “fragmentos” de algo pensado en otro tiempo [...] Y compruebo que habría podido haber hecho mucho más si no me hubiera en-

tregado a escribir artículos y a tareas prácticas del tipo de las causas judiciales [...] o a ayudar a las víctimas del hambre. Pero no lo lamento en absoluto. En primer lugar, porque no podía dejar de hacerlo. Casos como el de Beilis echaban por tierra todos mis planes. Por lo demás, era necesario que la literatura no diera la espalda a la vida. En general no me arrepiento de nada, como veo que ocurre con mucha gente de nuestra edad, que vienen a decir “mira a lo que hemos aspirado y ya ves lo que ha salido”. Hemos aspirado a aquello a lo que no podíamos dejar de aspirar en nuestras circunstancias. Y ha salido aquello a lo que ha llevado “el curso histórico de las cosas”. Y puede, además, que sin estas “aspiraciones” nuestras la cosa hubiera sido mucho peor».

Ricardo San Vicente
Barcelona, 31 de diciembre de 2009

El músico ciego